

La imagen y su sentido en *Camino*

Pedro Antonio Urbina

La redacción de esta primera obra de Josemaría Escrivá de Balaguer es amplia y difusa: quizá empezada de modo remoto en 1925, el año de su ordenación sacerdotal, continuada de modo más próximo desde 1928, año de la fundación de la Obra de Dios, tiene en 1934 su primera aparición bajo el título de *Consideraciones espirituales*, que, corregida y aumentada, tuvo en 1939 la segunda edición y nombre definitivo: *Camino*.

Es, pues, cronológicamente una obra de juventud: fue escrita entre los veintitrés y los treinta y dos años (dicho sea sin ánimo de precisión en cuanto al inicio). Y fue escrita en tan dilatado espacio de tiempo, porque su composición material es debida a la acumulación y ordenación de breves anotaciones.

¿No tiene estructura este libro? Diría que no, que no tiene estructura de libro; pero sí que el li-

bro tiene estructura: la que le ha ido dando la mente y el corazón del autor en su tarea pastoral; eso que, como un molde, se llena de las preocupaciones y deseos de las almas, las necesidades de la predicación, los temas que surgen en la labor de sacerdote, en la oración personal... Así surgen también unas constantes, unas repeticiones que forman cuerpo, mayor grosor temático...: índice éste de la calidad e importancia, de la necesidad, de esas confidencias «que escucha Dios», como dice el prólogo. Y estas consideraciones fueron componiendo los capítulos del libro, donde se hallan todos los asuntos capitales de la realidad de la vida humana cristiana.

El autor en su prólogo sigue llamando a esos breves puntos «consideraciones», y también «consejos», «confidencias» «de amigo, de hermano, de padre».

No se presenta el libro con pretensiones de novedad —«No te contaré nada nuevo»—, sino que, al estilo socrático, pretende pedagógicamente «remover» en los «recuerdos» del lector —al que trata de tú, pues le ha llamado «amigo», «hermano» e hijo—, «para que se alce algún pensamiento que te hiera» añade con aire pascaliano, pues la herida no es sino en el corazón, aún tratándose de un pensamiento.

Y *Camino* —nombre que tiene larga tradición literaria y espiritual— pretende meter también al

lector por «caminos de oración y de Amor», y que acabe «por ser alma de criterio»: esta palabra –*criterio*– supongo yo que tiene el sentido amplísimo, y a la vez tan preciso, de cultura, saber profesional, doctrina moral, teológica, sabiduría..., como don del Espíritu.

Este libro, repito, fue publicado por primera vez en 1934, y desde su segunda aparición en 1939 tiene una ininterrumpida pervivencia nacional e internacional. No deja de ser curioso que no haya encontrado aún sitio en la mayor parte de las Historias de la literatura española...

Leí *Camino* a los dieciséis años; me lo dio (y no sólo a mí) el Padre espiritual del colegio de jesuitas donde estudié unos años. Aquella primera impresión tuvo algo de semejante con la que me producía la lectura de los clásicos de nuestra literatura, me refiero a los modernos de los siglos XIX y XX que estudiábamos en clase; y, a veces, semejante dificultad también.

No soy filólogo, y ahora no voy a esforzarme en usar palabras técnicas que no conozco bien. Así que hablo como lector de un libro magistralmente escrito. Tiene además ese sello personal de lo artísticamente creador, esa eficacia comunicativa que no permite una lectura rutinaria, pues presenta como nuevo lo que lo es.

Se advierte la autenticidad de la escritura en que no hay retórica ya usada por otros, y en que

fluye de experiencia vivida. Una imagen, como modo de lenguaje, *sale sin querer* y echando mano casi inconscientemente de elementos muy familiares, muy asimilados o personalizados.

Me referiré primero a los elementos en apariencia menos aptos para conformar una imagen creativa, los que son ya imagen, y que provienen de la Escritura, de refranes o frases hechas, de citas... (aunque en este último caso bien cabe que se trate de citas mejoradas o de falsas citas, es decir, de un recurso literario para poder decir, poniéndolo en boca de otro, lo que se desea). Escojo una imagen que proviene a la vez de la Escritura («la sal es buena, pero si se desvirtúa...») y del decir popular («te empeñas en ser la sal de todos los platos...»). Es una imagen que cabría decir gastada e ineficaz si no pudiera recibir una nueva alma, un giro o un comentario añadido –que es lo que hace habitualmente el autor con este tipo de imágenes prestadas–, que le dan algo nuevo: «tienes poca gracia para ser sal: y no eres capaz de deshacerte y pasar inadvertido a la vista, igual que ese condimento» (n. 48).

Hay una aplicación muy directa del suceso de Noé, borracho y desnudo: «Como los hijos buenos de Noé, cubre con la capa de la caridad las miserias que veas en tu padre, el Sacerdote» (n. 75). Y un eco de distinta vibración, en ésta: «Si queréis entregaros a Dios en el mundo [...]

habéis de ser espirituales [...], habéis de llevar un manto invisible que cubra todos y cada uno de vuestros sentidos [...]» (n. 946).

«Me escribes: “Padre, tengo... dolor de muelas en el corazón”. –No lo tomo a chacota, porque entiendo que te hace falta un buen dentista que te haga unas extracciones.

Si te dejaras...» (n. 166).

Y vuelve en esta imagen continuada sobre otro tema, el de la necesidad de personas, buenos instrumentos de apostolado: «Algunos, que no valían, resultan aptos. Con los demás se hace una operación quirúrgica, aunque duela –¡buenos «operadores» fueron los santos!–, y se sigue adelante» (n. 488).

Una visión general del libro –si es cierto, como he dicho, que el escritor forma sus imágenes de lo más vivido, que no exige ni búsqueda ni razonamiento–, hace pensar en un mundo fundamentalmente urbano y doméstico, cotidiano; son pocas las imágenes tomadas de la naturaleza, y, menos aún, las fantásticas.

Es cierto que se halla en san Pablo la asimilación del hombre redimido a un edificio levantado por Jesucristo, Arquitecto. Pero el mundo urbano del autor de *Camino* le permite muchas otras y diversas aplicaciones e imágenes relativas a casas y edificios:

«No quieras ser como aquella veleta dorada del gran edificio [...] Ojalá seas como un viejo sillar oculto en los cimientos, bajo tierra, donde nadie te vea: por ti no se derrumbará la casa» (n. 590).

«Nosotros somos piedras, sillares [...] Dios mismo es el cantero que nos quita las esquinas [...] a golpe de martillo y de cincel. No queramos apartarnos [...], no podremos evitar los golpes [...] y, en lugar de la piedra pulida y dispuesta para edificar, seremos un montón informe de grava que pisarán las gentes con desprecio» (n. 756).

«Si no levantarías sin un arquitecto una buena casa para vivir en la tierra, ¿cómo quieres levantar sin Director el alcázar de tu santificación para vivir eternamente en el cielo» (n. 60).

Hay una llamada a la interioridad, al recogimiento interior, al realismo, al contraponer lo que se ve tras los edificios, lejos, con lo que está aquí, dentro, dentro del edificio y de uno mismo:

«Es preciso convencerse de que Dios está junto a nosotros de continuo. –Vivimos como si el Señor estuviera allá lejos, donde brillan las estrellas...» (n. 267).

«¿Brillar como una estrella..., ansia de altura y de lumbre encendida en el cielo? Mejor: quemar, como una antorcha, escondido, pegando tu fuego a todo lo que tocas. Este es tu apostolado: para eso estás en la tierra» (n. 835).

En esa misma línea de interioridad, de introspección psicológica y moral, están esas imágenes de interiores domésticos, de escenas caseras o de calles ciudadanas:

«¡Luces nuevas! Qué alegría tienes [...] Es la hora de romper a cantar un himno de acción de gracias: y es la hora también de desempolvar rincones de tu alma» (n. 298).

«¿Por qué dejas esos rincones en tu corazón? [...]» (n. 477).

«Tristeza, apabullamiento. No me extraña: es la nube de polvo que levantó tu caída. Pero, ¡basta!: ¿acaso el viento de la gracia no llevó lejos esa nube? [...]» (n. 260).

«Eres polvo sucio y caído. –Aunque el soplo del Espíritu Santo te levante sobre las cosas todas de la tierra y haga que brille como oro, al reflejar en las alturas con tu miseria los rayos soberanos del Sol de Justicia, no olvides la pobreza de tu condición.

»Un instante de soberbia te volvería al suelo, y dejarías de ser luz para ser lodo» (n. 599).

Parece que si son estas imágenes de vida cotidiana trascendida, muy cotidiano debió de ser en aquella España de finales de los 20 y comienzos de los 30, el subir de Josemaría Escrivá a casas sin ascensor, largas escaleras interminables; no menos espiritualizadas así:

«Egoísta. –Tú, siempre «a lo tuyo». –Pareces incapaz de sentir la fraternidad de Cristo: en los demás no ves hermanos; ves peldaños [...]» (n. 31).

«Escalones: Resignarse [...] Conformarse [...]: Querer la Voluntad de Dios: Amar la Voluntad de Dios» (n. 774).

«Las obras de Dios no son palanca, ni peldaño» (n. 915).

Objetos también éstos que cobran poliédrico sentido según el alma que les infunde el autor.

Tal vez la palabra *camino* es una de las que más variados matices –camino hacia Dios- adquiere en función de la imagen que con ella se construye y su sentido. Un ejemplo:

«Sabes que tu camino no es claro. –Y no lo es porque al no seguir de cerca de Jesús te quedas en tinieblas [...]» (n. 797).

Ha dicho, sin decirlo, que Cristo es luz que alumbra el camino. Como es tradicional en los escritores de ascética y mística, la luz y el fuego son constantes significativas del Amor participado:

«[...] enciende todos los caminos de la tierra con el fuego de Cristo que llevas en el corazón» (n. 1).

Y es también energía este amor, luz eléctrica...

«[...] ¡Cuántas calorías espirituales necesitas! [...]» (n. 944).

«[...] Vida intensa dentro de ti [...] como una poderosa máquina de electricidad espiritual, ¡a cuántos darás luz y energía! [...]» (n. 837).

«Con frecuencia comparo la labor de apostolado con una máquina: ruedas dentadas, émbolos, válvulas, tornillos...

»Pues, la caridad –tu caridad– es el lubricante» (n. 957).

«Los actos de Fe, Esperanza y Amor son válvulas por donde se expansiona el fuego de las almas que viven vida de Dios» (n. 667).

Otra de las palabras, con sus imágenes, que merece un largo tratamiento aparte es *niño*, y su correspondiente *padre*, referido a Dios.

Pero, pues ese Amor es infinito, y las ansias de prender ese fuego de amor en las almas, al que se refiere Josemaría Escrivá, no tiene límites –«No te cabe el corazón en el planeta» (n. 912)–, parece reservar las imágenes no cotidianas, o más entresonadas, más líricas, y tomadas de la naturaleza, para la esperanza real en esa creciente plenitud:

«¿Has visto, en una tarde triste de otoño, caer las hojas muertas? Así caen cada día las almas en la eternidad [...]» (n. 736).

«[...] Siembra a voleo, alma de apóstol. –El viento de la gracia arrastrará tu semilla si el surco donde cayó no es digno [...]» (n. 794).

«[...] Caía la tarde. Cerca se escuchaba el rumor del agua. –Y, en la quietud de la ciudad castellana, oíamos también voces distintas que hablaban en cien lenguas, gritándonos angustiosamente que aún no conocen a Cristo [...]» (n. 811).

«Eres, entre los tuyos –alma de apóstol–, la piedra caída en el lago. –Produce, con tu ejemplo y tu palabra, un primer círculo... y éste, otro... y otro, y otro... Cada vez más ancho [...]» (n. 831).

«[...] Desde la cumbre –me escribes– en todo lo que se divisa –y es un radio de muchos kilómetros–, no se percibe ni una llanura: tras de cada montaña, otra. Si en algún sitio parece suavizarse el paisaje, al levantarse la niebla, aparece una sierra que estaba oculta.

»Así es, así tiene que ser el horizonte de tu apostolado» (n. 92).

«Así como el clamor del océano se compone del ruido de cada una de las olas, así la santidad de vuestro apostolado se compone de las virtudes personales de cada uno de vosotros»(n. 960).

Matiza el autor sus imágenes, quiero decir, las vela, impide –diría que a propósito– algo de su brillantez...–, quizá porque sabe que debe y quiere hablar de modo que todos entiendan, del modo más sencillo y accesible.

Ahí está, por ejemplo –tal vez visto en una película o en el periódico o en la calle misma–, el asalto a un Banco:

«Niño: no pierdas tu amorosa costumbre de «asaltar» Sagrarios» (n. 87).

El escritor apuesta por la medida literaria, pero tan sugerente: «Me pareces un barco –dice a un joven que inicia su vocación– que emprende su marcha» (n. 248). Otro advierte su espíritu enamorado como un «reloj descompuesto, que suena a destiempo» (n. 110); y le dice en otro sitio: «es la hora del corazón» (n. 102).

Me da la sensación, después de este breve comentario, de haber entrado de prisa en una rica tienda de mil colores al entrar en *Camino*, y de haberme golpeado su sonido de tal modo que sólo un poco he podido repetir. Hace falta, lo he dicho antes implícitamente –está por hacer–, un estudio serio y detallado de la literatura de Josemaría Escrivá.

Un último apunte, para mostrar también algo de la técnica y de sus recursos estilísticos, de cómo Josemaría valora la palabra y la coloca, mejor, la engarza en la frase, con su sentido adecuado. Puesto que se trata de una persona viva –y es ésta una de las afirmaciones que aplica no sólo a María sino a Jesucristo–, dice *retrato* refi-

riéndolo a ella en este punto 501, como efecto final: «Cuando te preguntaron qué imagen de la Señora te daba más devoción [...] comprendí que eras un buen hijo: por eso te parecen bien –te enamoran, dijiste– todos los retratos de tu Madre». Y se ha preparado el cambio de *Señora* a *Madre* por medio de la calificación de *buen hijo*.

No basta decir que *Camino* es un libro de espiritualidad, sino que, justamente por serlo, trasluce artísticamente la belleza de ese espíritu. Sin ella, sin esa belleza, estaría muerto o sería inexpressivo. Y es sin duda la viveza expresiva uno de los rasgos más característicos de su literatura.

